
RESEÑAS

Sanz Hoya, Julián. 2022. *España en camisa azul. Falange, cultura política y poderes locales*. Granada: Comares Historia. 192 págs. ISBN: 978-84-1369-478-8.

Miguel Ángel Ruiz Carnicer Universidad de Zaragoza
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-2652-772X>
maruiz@unizar.es

El retrato de Falange durante la dictadura franquista (o si lo preferimos el partido único FET y de las JONS, creado el 19 de abril de 1937 como instrumento de los rebeldes a la hora de contar con una estructura política que le diera un mínimo contenido al golpe de estado del 18 de julio contra el gobierno republicano) para algunos está más que suficientemente trazado y el resultado no resulta tan interesante como para profundizar en él a lo largo del tiempo. Esa visión es seguramente producto de las primeras investigaciones de los años ochenta, en donde Falange se presentó como la historia de un fracaso, sin ningún futuro tras 1945, un organismo que resulta poco más que un *atrezzo*, aunque gigantizado y pertinaz, que parece descontextualizado en un mundo en el que los fascismos habían sido derrotados estrepitosamente. Para otros, más o menos fascinados aún a estas alturas por las proclamas altisonantes del verbo joseantoniano y por los cantos de sirena revolucionarios, esa Falange *real* no les interesa; es para ellos la Falange desnaturalizada, burocratizada y pragmática de Franco, guiada por los hombres que traicionaron la idea y, por lo tanto, ayuna de todo interés, más allá de su identificación con la mediocridad de la dictadura. A día de hoy aún hay muchos acercamientos historiográficos que están presididos por la idea de una Falange idealizada, traicionada por quienes fueron la única Falange efectiva en el poder, FET y de las JONS.

Frente a esta visión de la escasa importancia de una Falange debilitada y vacía o de la idealización de la Falange de preguerra que desmerece la posterior, muchos profesionales de la historiografía llevan décadas —desde mediados de los ochenta— defendiendo la complejidad y relevan-

cia de lo que significa Falange y los falangistas durante el franquismo, como élite política, como organización con raíces en todo el territorio y, sobre todo, como ente responsable de los mecanismos de socialización política de la población, especialmente de las generaciones marcadas por la guerra y las que luego les siguieron.

Desde luego, el propósito de este volumen de Julián Sanz Hoya es mostrar esa complejidad y proporcionar argumentos que transmitan con claridad la relevancia del otrora llamado Partido Único a la hora de estudiar y entender los largos años del franquismo, frente a los que daban por amortizada a la Falange tras 1945.

Por supuesto, el profesor de la Universitat de València Sanz Hoya no es el primero en hacerlo. Citar la nómina de estudiosos de Falange o del franquismo con especial atención a la cuestión del fascismo (y por lo tanto de Falange) sería muy largo, pero basta nombrar —desde aproximaciones diferentes— los aportes de Ismael Saz y Ferrán Gallego, dos de las figuras mayores en torno al tema de la naturaleza del régimen franquista y la discusión sobre el carácter fascista o fascistizado del régimen; a Joan M^a Thomàs como referente sobre la Falange de república, guerra e inmediata posguerra; la atención a la faceta social de Falange de Carme Molinero y muchos autores más, como los libros de Julio Gil Pecharrómán o entre las nuevas generaciones, Zira Box, desde la perspectiva de género o Javier Rodrigo, más atento a la guerra y a la figura de Franco, pero también a la conceptualización del régimen en algún aporte reciente. Pablo del Hierro también hace poco nos ha contextualizado el papel de los falangistas en la reorganización

del fascismo postfascismo internacional, como lo hace también José Luis Rodríguez Jiménez en su recién aparecido *Bajo el manto del Caudillo*, y autor de una conocida historia sobre Falange también entre otras cosas. Con muchos matices diferentes entre estas aproximaciones, también sobre el grado de relevancia del partido a lo largo del segundo franquismo, todos tienen en común la valoración del componente falangista a la hora de entender la dictadura.

Herederos de estas líneas de investigación sobre el partido único español, Julián Sanz Hoya es un muy respetado historiador del franquismo y singularmente de Falange desde hace más de dos décadas y una de las voces que más ha renovado estos estudios, especialmente en el ámbito del personal político local y del análisis de los gobernadores civiles, en donde sus aportes, en unión a los de Martí Marín o Julio Ponce, han sido muy significativos para el avance historiográfico sobre el terreno.

El libro tiene un título con afán totalizador: *España en camisa azul*. Quizá el lector se pueda preguntar si estamos ante una completa y renovada historia de Falange con carácter integral. La respuesta es no. En primer lugar, porque esa no ha sido la intención del autor, sino la de compendiar sus trabajos previamente publicados en otros libros y revistas, revisados y dotados de una coherencia que inicialmente no tenían, lógicamente. En segundo lugar, porque como dice él muy bien, aún son necesarios muchos estudios locales y de aspectos específicos de la organización que necesitan de una mayor acumulación de evidencias e información (desde las universidades laborales a la Obra Social del Hogar, por citar solo dos ejemplos, pasando por el estudio del personal político en las provincias a lo largo del segundo franquismo, etc.), y aquí lo que se pretende es trazar caminos y adelantar hipótesis fundadas en las investigaciones de los últimos años.

Lo que nos presenta en este volumen el autor seguramente colmará las expectativas si no del especialista que ya conocía la mayoría de estos aportes, sí del interesado en el tema pues traslada una visión reflexiva, problematizada y puesta al día de la situación actual de los estudios sobre Falange, rompiendo con esos estereotipos mal informados o desvirtuados en la visión del papel de Falange en la dictadura. Ese es el gran valor de

este volumen, que pasa a ser una referencia ineludible, si obviamos algunas repeticiones comprensibles teniendo en cuenta el carácter compilatorio del volumen. Este mismo carácter se proyecta en la diversidad de ángulos del análisis: desde el capítulo inicial global, que supone una contribución nueva realizada *ad hoc*, hasta los esclarecedores análisis sobre la política local y la procedencia política de los gobernadores civiles. Entre medias, es muy destacable el capítulo que se centra en la Falange de los años cincuenta, uno de los mejores del volumen por su excelente planteamiento. Cierra el libro una comparación entre el personal político o provincial en la Italia fascista y la España de Franco.

Un volumen por lo tanto muy útil, que permite ver cómo se ha ido estableciendo y evolucionando la historiografía sobre el tema y su decantación progresiva hacia un renovado interés y una reafirmada complejidad. Seguro que pronto seguirá habiendo nuevas aportaciones de este y otros autores pues este tema del personal político falangista, su organización y funcionamiento y su legado político, social y cultural en la sociedad española seguirá siendo muy importante, lejos de esa estampa sepia a la que algunos reducían la historia del partido único.

Es precisamente por ese lado del análisis de la cultura política falangista por donde posiblemente transitarán nuevas aproximaciones, como lo hace este volumen, que utiliza ese utillaje teórico de una manera destacada, relativizando el peso de la voluntad del dictador mientras remarca el peso de los distintos “centros de extracción política” (por resucitar los términos de un celebrado libro de Miguel Jerez) a la hora de entender la gestión del régimen. Y en ese sentido, el peso histórico del falangismo, como ideología política del fascismo en España y como élite de gobierno y conformación social sea con el nombre de como FET o con el de Movimiento si hablamos desde finales de los años cincuenta, es evidente.

Creo que este volumen demuestra que la historiografía ha ido dejando atrás esa imagen ancilar de Falange que, junto con el resto de grupos católicos (acenevistas o luego opusdeístas), tradicionalistas o autoritarios de derecha radical fascitizada, se habían rebelado el 18 de julio para luego someterse al poder arbitral de Franco, minimizando el aporte de estos sectores. Por supuesto,

no se trata de relativizar el poder indiscutible de Franco que todos reconocieron—incluso quienes estaban en la oposición monárquica, incluido D. Juan de Borbón— sino poner de manifiesto que hay un juego político real, pero nada de democrático ni plural, sino orgánico y discreto y que no se puede reducir la dictadura al capricho de Franco, como muy bien señala Nicolás Sesma en su recién aparecido libro *Ni una ni grande ni libre. La dictadura franquista*, quien por cierto ha hecho también aportes relevantes al tema de la Falange a través de su análisis del Instituto de Estudios Políticos, y en donde explica muy bien la situación del partido a lo largo de los años y gobiernos.

El tiempo de los falangistas fue el tiempo del fascismo y lo extraordinario, y lo que explica que dediquemos nuestro tiempo como historiadores a su peripecia es que la mayor parte del régimen de Franco se desarrolla en un contexto hostil que obliga a los antiguos discípulos y amigos de Hitler y Mussolini a mudar su piel, suavizar sus declaraciones y, sobre todo, a elegir nuevos caminos en un mundo que ya no es el que vivieron en su comienzo. Y por ello aceptan pactar con los verdugos de sus antiguos amigos nazis y fascistas, los EE. UU., y aceptan establecer bases a costa de la soberanía nacional, fuertemente dañada; asumen la monarquía “tradicional” porque era la voluntad de Franco y porque no había otro camino a la insostenible idea de la sucesión de Franco; organizan elecciones corporativas en el mundo sindical y en el local, e incluso defienden las elecciones al tercio familiar en 1967 y 1971 como un avance representativo a pesar de su disgusto por las urnas; y fueron fieles al jefe a pesar de no ser uno de ellos, por coherencia con su visión autoritaria y jerárquica, sellada con la sangre de los caídos, como su propaganda siempre repitió. Era la forma de sobrevivir, lo realmente importante.

Pero, presos de sus contradicciones y de su fascismo originario, además de hacer todo esto, muchos falangistas se dejaron llevar por sus sentimientos antiamericanos que tenían profundas raíces desde la guerra de 1898 y que les hizo cultivar una sensibilidad positiva hacia las revoluciones nacionalistas y autoritarias del tercer

mundo e incluso por el mismo caso de la Cuba de Castro. Solo el predominio de la *realpolitik* reafirmó que no había otro camino que estar al lado del sistema occidental de defensa y de los EE. UU. y la Europa más conservadora acabó aceptando la anomalía española.

Por otro lado, los falangistas siempre mantuvieron fantasías regencialistas, como muy bien explica Sanz Hoya en este volumen, que hicieron que la sucesión de Franco por un rey fuera una entelequia futura para muchos falangistas hasta la designación de Juan Carlos como príncipe de España, que aun así algunos interpretaron como una monarquía del Movimiento.

Y finalmente los falangistas siempre se imaginaron como el único grupo del 18 de julio capaz de realizar una síntesis con lo que representaban las fuerzas derrotadas en la guerra, con la única condición de que se borrarán a sí mismas y a su memoria, y aceptaran el marco del 18 de julio. Muchos mantuvieron esa ficción (asumida sinceramente) de que los azules eran la cara social del régimen del 18 de julio, frente a los sectores “derechistas” encarnados en los tecnócratas católicos.

Falange, por encima de todo ello, fue la expresión más nítida del estado del 18 de julio y como Sanz Hoya muestra con precisión, los falangistas llenaron sus gobiernos civiles, cargos locales de alcaldías y concejalías a todos los niveles, diputaciones provinciales y el enorme entramado sindical y asistencial del Movimiento.

Si Falange siguió ahí fue por el sistema simbiótico de mutua dependencia y beneficio en su relación con Franco, que no pudo encontrar un grupo capaz de mayor fidelidad y entrega y que, a la vez, le sirviera para mantener el complejo entramado de la dictadura durante casi cuarenta años. Y los falangistas no pudieron contar con mejor aliado que el propio Franco, que nunca puso en duda la continuidad del partido único ni en los momentos más difíciles y les aseguró una plácida madurez funcional. Por todo ello, hay que saludar volúmenes como este, que muestran esa complejidad y ponen al alcance del lector una visión actualizada y perspicaz sobre distintos aspectos de la vida de Falange durante la dictadura.